

2023

Lecturas breves

GANADORES Y
GANADORAS PREMIO
ROBERTO BOLAÑO



2023

Lecturas breves

GANADORES Y
GANADORAS PREMIO
ROBERTO BOLAÑO

«Hay una literatura para cuando estás aburrido. Abunda. Hay una literatura para cuando estás calmado. Esta es la mejor literatura, creo yo. También hay una literatura para cuando estás triste. Y hay una literatura para cuando estás alegre. Hay una literatura para cuando estás ávido de conocimiento. Y hay una literatura para cuando estás desesperado. Esta última es la que quisieron hacer Ulises Lima y Belano».

Los detectives salvajes (1998)

Sobre el premio

2023

El premio Roberto Bolaño a la creación literaria joven es el reconocimiento que el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través de la Secretaría Ejecutiva del Libro y la Lectura, ha establecido para las nuevas generaciones de escritoras y escritores.

Creado el año 2006, en honor al escritor de 2666 y *Los detectives salvajes*, en sus quince años de trayectoria ha reconocido a algunos de los exponentes literarios más relevantes de la escena local, como Constanza Gutiérrez, Bruno Lloret, Victoria Ramírez, Diego Zúñiga y Paulina Flores, entre muchas y muchos más.

Desde 2021, el premio cuenta con esta publicación para difundir la obra de sus ganadores, buscando que el talento joven tenga una nueva vitrina y, de paso, abriendo también la posibilidad de que este semillero de nuevas voces logre llegar a lectores y lectoras.

Don gato



Como si hubiera brotado de mis pasos o de la sola noche. Me acompañó por Los Carrera bailando la resfalosa y haciéndole cachañas a los pequeños matorrales, enormes cíclopes a sus ojos y tratando de pillar mis pies envueltos por unas zapatillas medianamente desatadas. El gatito caminaba como saltando, ligero, casi sin esfuerzo, parecía que tecleaba con sus peludas patitas blancuzcas que apuraban el paso para acompasarse a mis gélidos pies. Le iba pegando patadas disimuladas para que se corriera, aunque en el fondo ya vaticinaba que me seguiría hasta la casa. Llegamos a la puerta, me paré bajo el dintel y me quedé mirándolo un buen rato. Estaba sentado ahí, tierno y consciente de su ternura. Me miraba como si me estuviera analizando. A pesar de mi estado levemente etílico (o quizás a causa de este) reflexioné largamente los pros y contras de hacerlo pasar una noche en la casa que comparto con mi abuelo. Luego de calcular cínicamente la pérdida y la ganancia que traería su presencia, y de una larga elucubración donde llegué a compararme con el marqués de Carabás, dictaminé que estaría bien que pasara la noche ahí, total era solo una noche. Esperé unos cinco minutos a que el gatito desistiera y se fuera, pero la espera fue en vano, el muy perla se echó en la vereda. Como último recurso le ofrecí trescientos pesos para que se fuera en micro y me dejara sola, pero no me los aceptó, seguro sabía que a esas horas ya no pasaban, el minino no tenía un pelo de tonto. Me daba escalofríos pensar que si lo dejaba ahí solito se lo podría comer un perro o le podrían hacer un tajo para colgarlo en los cables, como si fuera una zapatilla o un peluche. Así que lo tomé por el pellejo del cogote, con mi instinto de madre gata, y lo tiré adentro, para que al menos pasara la noche bajo un techo y pudiera echarlo en la mañana, sin que nadie se diera cuenta. Se instaló muy bien sobre la cama azumagada, y yo me tiré sin saber ni del poto hasta el día siguiente.

Como todas las mañanas de sábado desperté en otro estado de la conciencia. Bajé la escala, que crujía como el pan tostado que estaba antojando, con mantequilla derretida y un tecito con azúcar. Mi única aspiración era llegar a la cocina, pero al saludar a mi abuelo divisé que tenía arriba de su regazo una mota amarilla y regalona, siendo acariciada por sus viejas manos, estilo Marlon Brando.

Don Gato, mi abuelo (viejo pimponista que por sus ágiles movimientos todos llamaban don Gato y quedó así para siempre) figuraba bien sentado en su mecedora de siempre, con el minino ronroneándole entre los dedos arrugados. El viejo nunca tuvo una mascota, seguro había convivido con perros callejeros talquinos antes, o con alguno que otro gato, esto se veía reflejado en que al acariciar al gatito le brillaba en los ojos la alegría de un niño al mimar a su primera mascota. Así, el gato amarillo se fue quedando ahí, después de eso no me dio el coraje para echarlo y mi abuelo no hizo ningún comentario sobre la llegada del felino, como llegó, se quedó. Por esta misma razón el gato nunca tuvo un nombre, cuando queríamos referirnos a él solo le decíamos gato o amarillo, y así quedó. El gato nuevo se amigó rápidamente con el gato viejo. Como para adiestrarlo, don Gato le trajo pellet, y el gato prefirió las paltas, las papas y la sopa de fideos con jurel, avena y salsa de tomate. Si alguien le pregunta a una persona que tiene mascotas, todas te dirán que su mascota es la más inteligente, pero dudo que respondan que su gato abría el refrigerador, como el gato amarillo. De vez en cuando, en la mañana encontrábamos el refrigerador abierto y la comida desaparecida, así que le pusimos un pestillo a la puerta, metiéndole un tornillo y un cuchillo agujereado.

Cuando hacíamos sopa de fideos con jurel, avena y salsa de tomate, el amarillo esperaba a que se enfriara la olla para botarla al suelo con su filosa patita y se comía todo el jurel en el piso de la cocina.

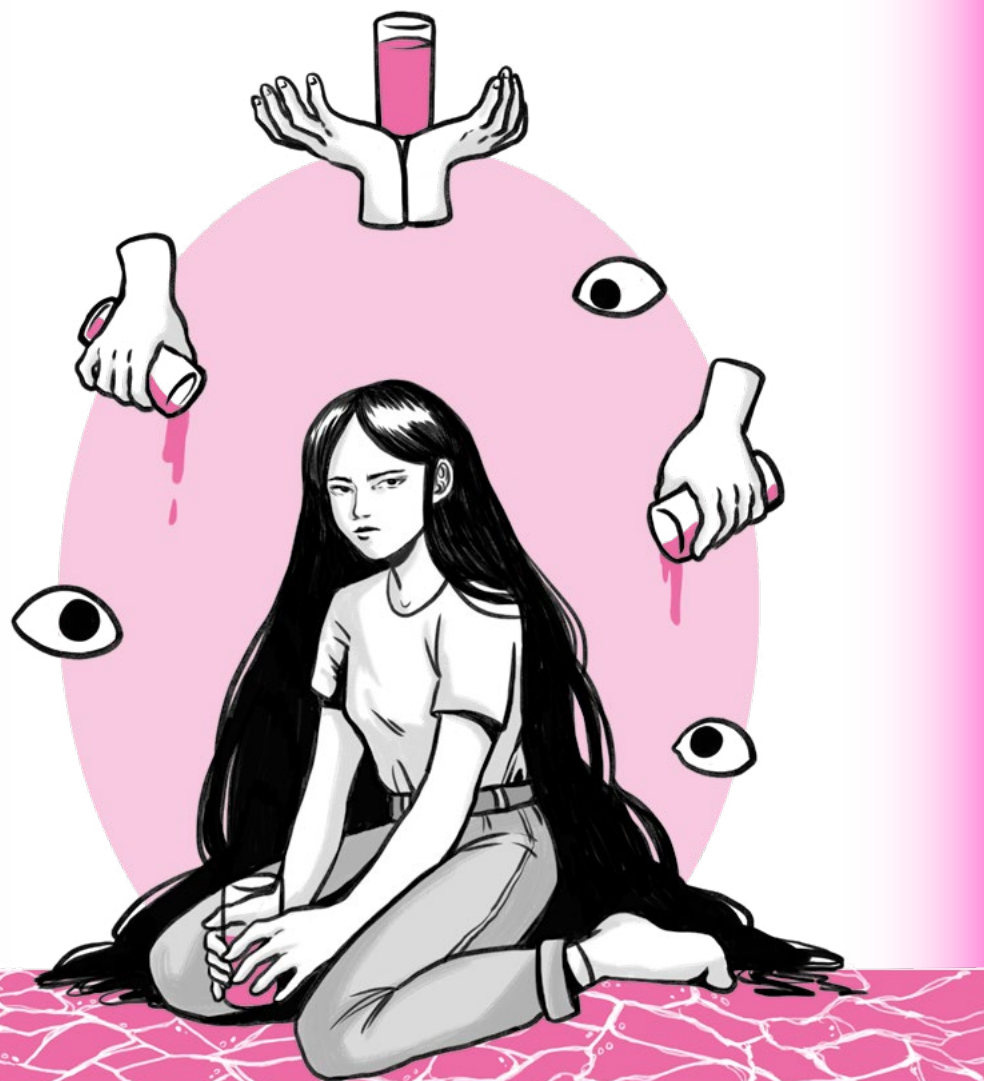
Se parecían mucho los dos, ambos a veces desaparecían para luego volver machucados, me acostumbré a vivir con dos gatos en la casa. Pasaron los años como pasan los gatos por los tejados de agosto. El gato se fue enfermando, primero partió por las orejas. Ya era viejo el gato nuevo, por rucio le pasó. Después se le empezó a pudrir la nariz. En la noche lo sentía respirar, se había convertido en un pequeño Voldemort. Cuando le empezó a caer sangre del lugar donde antes respiraba, todos los días, mientras yo iba al liceo, su humano tocayo, sentado en la mecedora de siempre, le hacía las curaciones. Se compró todo un botiquín para el amarillo, gasa, suero y pinzas.

Hasta que un día don Gato también cayó enfermo. Se empezó a sentir mal, le dolía la guata y dejó de comer la sopa de fideos con jurel, avena y salsa de tomate. Fuimos al médico y los exámenes salieron alterados. Cáncer al hígado producido por el virus de la hepatitis, se le subió la bilirrubina al viejo, como la canción de Juan Luis Guerra. Estaba avanzado y el tratamiento costaba demasiado, ahora tenía a dos gatos viejos y enfermos en mi casa. Pasaron los meses y la piel del gato humano se empezó a poner gradualmente amarilla. Como si por ósmosis se estuvieran mimetizando, los dos enfermos, los dos gatos, los dos amarillos. Me convertí en la enfermera de ambos, todas las mañanas limpiaba el piso; caían las gotas de sangre de la nariz del gato y le hacía las curaciones a uno, después limpiaba el vómito, las chatas y le cocinaba la papilla al otro. Hasta que un día, de manera esperable, don Gato se murió. Lloré lo suficiente como para hacer navegar todas las lanchas del puerto, mientras apretaba al gato cuyo respiro estrepitoso me manchaba las piernas con sus mocos sangrientos. Hicimos el funeral correspondiente, vino la gente, lloraron, hablaron, comieron y se fueron. Me senté en la mecedora de siempre, el gato vino a echarse encima de mí, quedamos ahí, entre los platos vacíos y los ceniceros llenos con el amarillo, que se quedó dormido para siempre sobre mis piernas arboladas.

Antonia Améstica Vassart (Quilpué, 2006)

Devota a las buenas letras, aspirante a cronopio. En 2021 ganó el primer lugar del «Slam de la quinta» en Valparaíso y el primer premio de Slam del Festival internacional de Poesía, además de participar en el Festival Letras en la Arena de Horcón. En 2022 obtuvo mención honrosa en la categoría Poesía del premio Roberto Bolaño.

Necesidad de la boca y la vejiga



El comer mierda me calma. Por primera vez, siento control sobre mis actos. La mierda se me esconde entre los dientes, se me escurre entre las manos y cae fuera de la taza del baño. No es el sabor, nunca ha sido el sabor, es la superioridad y la valentía que demuestro al hacerlo. La mierda es tragada y se devuelve de donde vino. Seguirá cayendo así, constantemente. Es un ciclo sin fin. La mierda es una adicción y el único escape al mismo tiempo.

Todo empezó con una apuesta. «Ve al baño y tómate el agua del guáter» me dijeron. Un vaso rojo de esos que se compran en el supermercado se presentó en mi mano y no tuve de otra: el recipiente de plástico sería llenado y el agua pasaría por mi garganta. Una multitud se dirigió al baño detrás de mí. Cuando me senté frente a la taza me sentí minúscula, como si estuviese a los pies de un ser mucho más poderoso que yo. El guáter tenía poder sobre mí. Las personas que me miraban desde arriba no ayudaron al sentimiento. Fue la primera y única vez que sentí algo cercano a lo que en el colegio llamaban *el juicio final*. Metí el vaso sin que me lo volvieran a recordar, mis dedos se empaparon y el sonido de las gotas cayendo rompieron el silencio que se sentía en todo el cuarto. Mis compañeros ya no se reían. El agua estaba limpia, nueva incluso, pero entendí el porqué de la expresión asustada en sus ojos. No pude seguir viendo sus caras, escuché cómo se les iba el aire de los pulmones; uno de ellos gritó asqueado, pero se detuvo al darse cuenta de que nadie lo estaba siguiendo. En realidad, nadie dijo nada. Fueron los diez segundos más largos de mi vida.

—¿Cómo? —preguntó una de mis compañeras. Fue la Carla, de eso estoy segura. Siempre me acuerdo de ella porque me pasó las respuestas de las pruebas de lenguaje por el resto de ese semestre. Al principio creo que lo hizo porque le caía bien, pero después siento que lo hizo por pena. O por miedo.

—Está limpia —fue lo único que pude decir.

—Ya, ella gana —comentó uno de mis compañeros—. A menos que alguien se atreva a beber otra cosa.

Esa noche me gané una botella de pisco. No tenía idea de que estábamos compitiendo por algo. Ni siquiera me gusta el pisco.

Por un tiempo, eso fue lo único de lo que se habló en mi curso. Por varias semanas fui reconocida en el colegio como «la niña que tomó agua del guáter en el carrito del Juan». Eso hizo que algunas personas recordaran mi nombre, y otras, solo mi apellido paterno. Hasta hoy me pregunto por qué al nombrarme no utilizaron mi apellido materno o mi nombre completo *per se*. Alicia Bernarda Espinoza Martínez. Sé que hay gente a la que no le gusta mi segundo nombre, pero no lo encuentro tan feo como para que eliminen todo por completo.

«¡Oye, Espinoza! ¿Hiciste la tarea?», me preguntaban. «Oye, ¿y es cierto que tomaste agua del guáter? Yo no podría». Después de una pregunta cualquiera siempre venía la que de verdad querían hacer. Las respuestas a esas preguntas todavía rondan por mi mente. «No, no tengo la tarea. Sí, me tomé un vaso entero. No, fue solo agua, no tenía orina. No sé, para mí el baño se veía limpio. Ya, si igual fue una apuesta no más». Sabía que, por más que detallara y explicase el asunto, la imagen de mi rostro al lado de una taza del baño, con el agua chorreándome de los labios, no saldría del imaginario colectivo. El cómo la gente piensa y reconstruye un suceso no puede ser evitado.

En realidad, mis compañeros nunca me miraron con asco. Más de alguna persona hizo una arcada detrás de mí en el metro cuando se daban cuenta de quién era, pero nunca fue nadie de mi curso en específico. Además, nadie se atrevió a burlarse de mí en mi cara, lo más cercano fue cuando pude ver los rostros de unas niñas de octavo en el reflejo de las ventanas del metro, cuando pasábamos por las partes donde no llegaba el sol. Estaban haciendo unas muecas extrañas que no entendí, pero pararon cuando nuestros ojos se encontraron en la superficie. Se bajaron en la siguiente estación y nunca más volvieron a mirarme a la cara. Siento que, para el resto de la gente, la acción resultaba más *increíble* que repugnante como tal. Había hecho algo que los demás nunca se habían atrevido a hacer. Era el equivalente al primer tipo que se fuma un pito en el baño o al primero que se atreve a saltar la reja del colegio.

Temí que alguno de los profesores o inspectores se diese cuenta o escuchasen alguna versión alterada de lo que había sucedido. Ya me los imaginaba

acercándose y diciéndome que tuviese cuidado, que si volvía a tomar agua de la taza del baño, en especial frente a una audiencia, podría incitar al resto de los alumnos a hacer lo mismo. «O peor, que se graben y lo suban a las redes». Pensé que una de las inspectoras me diría: «Después vendrán los apoderados a reclamar, que van a sacar a sus hijos, que van a demandar, que van a llamar a la tele. ¿Te imaginas a los de los matinales intentando explicar que existe una epidemia de cabros chicos que andan tomando agua del guáter? No. Sería terrible».

Lo que nadie supo fue que, una semana después del suceso, lo volví a hacer. Un viernes por la noche limpié el baño del segundo piso de mi casa hasta el último rincón. Me enfoqué en el guáter, pero también limpié todo a su alrededor para que no luciera sospechoso. Al terminar, me quedé casi diez minutos al lado de la taza del baño sin saber qué hacer. El agua en su interior estaba tan limpia que brillaba, y un destello amarillo provocado por la ampollita chocaba en su superficie. Tiré la cadena una, dos, tres veces hasta que decidí tomar el vaso de vidrio que había traído y sacar agua del porcelánico recipiente. El sabor era casi el mismo que el de la casa del Juan, ambos tenían un sabor a cloro; la diferencia recaía, seguramente, en la marca de quita sarro que utilizaba cada una de nuestras familias. Tragar agua fue como la primera vez. Nada malo ocurrió. Nadie me gritó ni me agarró de los hombros para evitar que lo hiciese, solo pasó. Volví a llenar los 200 ml tres veces más, las primeras dos veces fui tomando de a poco, pero en la última me lo tomé al seco.

Mientras terminaba mi vaso apareció mi mamá abriendo la puerta. Me había enfocado tanto en la limpieza que se me había olvidado ponerle pestillo.

—Esa es agua del guáter —me dijo, no me preguntó. Solo atiné a asentir rápidamente, quería que la conversación durase lo menos posible. Recuerdo que dio un suspiro, podía notar el cansancio en sus ojeras de tres metros de profundidad—. Mira, no tengo tiempo ahora, pero hablaremos de esto más tarde, ¿te parece?

Asentí con la misma velocidad. Mi mamá nunca volvió a tocar el tema, pero al día siguiente mi desayuno consistió en un pan con un té con leche caliente y tres tipos distintos de fruta. Me lo quedé mirando por dos razones, primero porque era mucho más de lo que estaba acostumbrada a comer, y segundo, porque mi mamá no me hacía el desayuno desde tercero básico. Nunca sabré si confundió mis ganas de tomar agua con un desorden alimenticio cercano a la anorexia nerviosa. No volvió a intentarlo y no le quise preguntar al respecto.

El agua del guáter nunca tuvo un mejor o peor sabor que el agua normal, sin embargo, al venir de una taza que se conectaba directamente con las partes bajas de las personas era un agua intomable, un agua prohibida. Aunque no tenía sed del agua del baño en particular, en menos de un mes ya lo había vuelto a hacer siete veces. Entrar al baño del segundo piso, limpiarlo hasta dejarlo brillante y luego beber de la taza se había convertido en un momento especial para mí, hasta el punto de ansiar llegar a mi casa solo para volver a hacerlo. Tuve resultados positivos todas las veces. Al acordarme de cerrar con pestillo, nadie más volvió a interrumpirme.

Cuando me di cuenta de que beber de la taza del baño no me molestaba en lo más mínimo, las cosas cambiaron. Ya no me era un desafío, era más bien parte de mi rutina. Un día me hice el reto de tomar como los perros directamente del guáter, pero no fue tan difícil, mi única complicación fue que la elongación le molestó a mi cuello y que mis brazos no soportaban bien mi peso. Por lo mismo, empecé a hacer cien flexiones por día y algunos estiramientos que encontré en YouTube. En una semana lo logré sin ningún problema, hasta el punto de que empecé a utilizar esa maniobra en lugar del vaso de vidrio. La verdad es que mi mayor problema era que no conocía a nadie para preguntarle por otras opciones y no sabía cuánto tendría que esperar para el próximo carrete (y peor, no tenía ninguna seguridad de que me darían otro reto para suplir el anterior). Pensé en entrar a foros en internet, pero sabía que me encontraría con parafilias con las que no estaba dispuesta a lidiar.

Al pasar otro mes completo, decidí tomar agua del baño del colegio. «Es como si estuviese haciendo un control de calidad», me dije a mí misma, «solo tengo que revisar qué tan limpio está y si es que sabe a cloro o no». Por más que algún profesor me llamara la atención, la verdad es que no estaba hiriendo a nadie en el proceso. Aun así, para aumentar mi apuesta, decidí utilizar un baño que hubiese sido recién usado, esperando que alguna de las partículas de los desechos quedara en el agua. La posibilidad de consumir algún desecho hacía crecer las probabilidades de variedad, tanto en el sabor como en el color, y en la posible reacción que tuviese mi cuerpo. Si podía con el baño del colegio, habría subido un escalón que ni siquiera me había imaginado superar.

Con un vaso plástico dentro de mi mochila, esperé a que una niña de cuarto saliese del cubículo para completar mi turno. Sabía que tenía que hacer sonidos para pasar desapercibida, mi vejiga estaba lo suficientemente llena para

orinar después si es que resultaba necesario. «Si hubiese una niña vigilando mis hábitos urinarios, ya sería más extraña que yo», pensé. De todas formas, no podía arriesgarme, tomaría agua del guáter y luego orinaría para evitar cualquier sospecha con respecto al tiempo utilizado en el cubículo.

Llené mi vaso lentamente, levantándolo justo cuando alguien al lado tiraba su cadena. Me tragué el agua con rapidez, ni siquiera lo pensé dos veces, las ansias por completar mi misión me habían ganado. El agua tenía poco sabor a cloro, y supuse que era porque los baños se limpiaban con menos regularidad que en mi casa y en la de mi compañero. Al mirar al fondo de la taza, me di cuenta de todo el sarro que había y de que algunas marcas de mierda todavía no se iban, a pesar de las constantes tiradas de cadena ocurridas durante el día. La imagen hizo que tomara más en cuenta el olor a baño que había en el ambiente. Aunque se me revolvió un poco el estómago, volví a tomar por segunda vez. Al terminármelo y secarme los labios con la camisa del uniforme, me bajé los calzones y oriné en la misma taza antes de que sonase el timbre.

La falta de sabor a cloro me dejó varias preguntas, como por ejemplo, cada cuánto tiempo limpiaban los baños, y si es que lo hacían de manera profunda, o si es que solo echaban productos al azar y luego tiraban la cadena antes de que estos hiciesen efecto. Concluí que el sabor a sal que sentí pudo haber sido provocado por los posibles rastros de pis que debieron haber quedado por los usos anteriores. Al llegar a mi casa ese día, dándome cuenta de que todavía estaba viva y comprobando que los miedos de contraer hepatitis B que había visto en internet estaban faltos de argumentos, decidí empezar a hacerlo una vez por semana.

*Extracto del cuento **Necesidad de la boca y la vejiga**, de Andrea Alcaíno Piña.*

Andrea Alcaíno Piña (Valparaíso, 1998)

*Se inventa cosas desde los cuatro años, cuando aprendió a escribir y a dibujar. Ha obtenido diversos reconocimientos en el premio Roberto Bolaño: una mención honrosa en Cuento el 2014, el primer lugar en Cuento el 2015 y el primer lugar en Poesía el 2016. En 2019 fue invitada al Festival Internacional de Poetas en la Arena, en Huacachina, Perú, y obtuvo una mención honrosa en Cuento en los Juegos Literarios Gabriela Mistral. En 2020 publicó su primer libro de relatos, **Parestesia**, por RIL Editores.*

Trayectos



estación hito a galvarino

las carreteras son un pensamiento
 los trenes son un pensamiento
 incluso los puentes son un pensamiento
 maquinado sobre el transitar inerte de los ríos

mis pensamientos son la cartografía de un territorio que se diluye
 a merced de los alaridos del alba

gente sube

gente va

los veo en las calles
 saltar a los vagones
 tras el suspiro de sus alas famélicas

no miro los rostros
 disimula mi cuerpo otros cuerpos
 en el tacto apenas noto los rasgos que laceran mi silueta

solo silba sálvame el cielo que retrocede con las estaciones roídas por la niebla

cada articulación retiene el aliento de un cosmos que se asfixia
 al cerrarse las puertas de un trayecto
 que pronostica la extinción a donde va
 mi voz no basta para albergar mi humanidad

no pienses en los puentes
 ni en las carreteras
 ni en los trenes cuando te entregues
 a la cacería del amanecer

estación cardenal r. s. h.

la lluvia te ha otorgado un nombre
una identidad que ante el terror de la madrugada cruje
y sangra desde sus extremidades transparentes

aún en la bóveda de tu latir
ese taller de insomnio sepultado bajo las jornadas de tu respiración
la humedad trabaja para reclamar un sitio en el que mis pasos asciendan
hasta alcanzar el último peldaño antes de caer en la emboscada de la primavera

al levantar la vista todos los seres navegan hacia occidente
hacia el lecho en el que decaen los resplandores
cada partícula de tierra en mí rechaza sus límites
y vuelve a soñar con pangea

temprano la raza de árboles que se expande en nuestros pechos
se confrontará al género de incendios que nos domina
y entonces
aunque la realidad esté impregnada de ti
la lluvia ya no será un lenguaje posible
porque las nubes se habrán marchado
en señal de rendición
y la tierra devorará tu nombre hasta que lo olvides

biobío

y el río era
un instante ante mis ojos

una llaga
indolora en la ciudad

una fisura
incrustada en el paisaje

callar la vista
devolver el río
a la presa

divisar la ciudad
encima, gris
como un instante
mientras sigo
con mi curso transparente

La santa de las teleseries



I. El mundo sin tus ojos

El día en que a Melvin Corazón el médico le anunció que quedaría ciego, el mundo se le vino abajo. Lo hundió una oscuridad pesada y silenciosa que lo obligó a llorar por dentro, sin encontrar consuelo. Lo aplastó como los niños en las ferias, que aplastan a esos topos que salen a burlarse de ellos en los juegos, y entran, y ríen, y salen, y los golpean, y entran y salen y ríen de nuevo. Callado, se llevó una mano al pecho, como para comprobar que seguía vivo, y sintió un hueco helado justo ahí, en el sitio donde alguna vez cobijó la fe de curarse. No sirvieron de nada los tratamientos ni las mañanas despertando a la luz de una ilusión de alivio. Ni siquiera después de rezarle tanto a su madre que no alcanzó a escucharlo de tan lejos que estaba allá, muerta, volando sin alas por sobre las brumas del cielo.

Cuando salió de la consulta, tras cerrar la puerta con una lentitud imprevista, me miró guardando los papeles del diagnóstico en el bolsillo interior de su chaqueta. Y sonrió. «Ya está. Me voy a quedar ciego», dijo. Entonces me volvió a mirar, como despidiéndose de los colores, y a mí su tristeza me aplastó el doble. Palpó con sus dedos mi frente, se detuvo a caminarla con sus yemas y, poco a poco, fue bajando por mis mejillas, mi nariz, mi boca y mi cuello. Contuvo el llanto en una bocanada de aire y su voz parecía una canción romántica, pero destruida por la interferencia de una mala señal de radio. «No quiero olvidarme de ti», se quebró. Y nos quedamos quietos, uno pegado al otro, sosteniéndonos, en medio del pasillo del hospital.

Melvin era el hombre más guapo que pudo concebir la existencia. Tenía el cabello negro de los latinos y la piel morena, como si un desprendimiento del sol le hubiera rodado por la espalda, los brazos y las piernas. Si Dios se demoró siete días en la creación, los primeros seis días tiene que haberlo hecho a él. O al menos, haberlo pensado. Porque luego ningún hombre tuvo tanta pasión ni tantas estrellas en los ojos. Nadie pudo ser como Melvin.

Él es la razón por la que sé contar historias tristes. Me enseñó a narrar los desórdenes del corazón a través de su voz, que también era la de multitudes, pues fue el guionista de todas esas telenovelas que los canales nacionales aún repiten en la señal abierta, sobre todo en la madrugada. En esas horas donde están más sensibles de lo normal los desvelados, sufriendo.

Una tarde rosa en la que me encontré llorando en el balcón del edificio por algo que no recuerdo, me abrazó, contuvo los latidos de mi pena y me dijo: «Tú, Tristán, serás el escritor más famoso de Chile». Y al separar nuestros cuerpos, lo vi contorneado por los remansos de la grandeza, al contraluz del cielo. Lucía gigante. Lo besé en los labios y le aseguré que sí, que por él sería el mejor escritor que pudiera haber parido aquel pedazo de tierra sin patria ni bandera, que fue nuestro amor. «Te lo juro por la virgen de las comedias», le dije, pues así, comedias, es como llamaban a las telenovelas a veces en los barrios donde transcurrió mi niñez. Entonces, Melvin se rio y me corrigió con dulzura. «No. Mejor que te escuche la santa de las teleseries», me desordenó el cabello y me apretó contra su pecho.

Pero se fue. Se fue sin que pudiera seguirlo y me dejó aquí, perdido, al centro de la nada. Quedé solo en esta ciudad que sin él no tiene nombre. A sus treinta y dos años, pensó que mis diecinueve lo entenderían. Y una noche, como tantas otras desde esa noche, no llegó a dormir. Habrá tomado un barco hacia el Caribe, donde la oscuridad de sus ojos debe haber causado estragos en la sabana. O no... Habrá partido en bus, contando por la ventana hacia abajo las líneas de la carretera, para saber a cuántos kilómetros se alejaba de mis afectos. O no... Habrá tomado un tren, con la certeza de que llevaba en su interior la desilusión como si fuera otra alma que le cabía en el cuerpo. Y la línea férrea habrá sido el fósil de una serpiente gigante que se enroscó a lo largo del suelo de su huida. O no... Quizás su viaje fue hacia adentro, hacia algún pueblo en medio del desierto, donde la violencia de la frontera debe haberlo asustado. Se extravió en la locura.

Me subió hasta el cielo, para luego enviarme al infierno. Dejó su ropa en los colgadores y sus cadenas en los joyeros, su cepillo de dientes colgando junto al mío y en el espejo no dibujó nuestras iniciales ni nada que nos uniera. No quiso llevarse nada. Me dejó a mí. A mí, que era el despeñadero de sus besos, el charro sin voz de sus rancheras, el motivo de sus boleros. Y perdón, pero no sé cómo más escribirlo, aunque suene lastimoso. Necesito un sentido para el sinsentido perro que me causó su partida.

Ver a Melvin Corazón con aquellas gafas que cercaban su mirada fue el primer disparo que me metió la muerte. Porque lo dejaron desorientado, como si algo, una fuerza desconocida y poderosa detrás de esos lentes negros, lo obligara a adivinar el sendero y las calles de su desgracia ciega. Como si la ciudad entera por donde caminaba, desde que la enfermedad le quitó la milagrería de sus ojos, estuviera hecha de tinieblas.

La última imagen que guardó mi nostalgia de sus ademanes fue la de aquella vez en que estuvimos juntos, antes de que esa nube blanca se cruzara en el firmamento de su vista llevándose los grises de su iris. Y justo cuando explotó el amor, yo lo abracé con toda mi fuerza. Lo abracé y sentí que él era mi única esperanza de no caer por un abismo sin fondo, la única manera de seguir con vida. Agitado, respiré el olor de su cuello y me quedé flotando en el aire, por no sé cuánto tiempo, como si la gravedad no me afectara.

Y otra vez me puse a escribir mariconerías, lo siento. No sé cómo quitármelas de encima. Siempre vuelvo a recordarlo triste, aunque no quiera. Es como si algo, una mano invisible, rayara los destellos de su memoria en la mía. Haga cuenta de una marca de agua sobre él, como esas que dejan los programas del teléfono sobre las fotos o los videos cuando uno no compra las aplicaciones y utiliza la versión de prueba. Así mismo. Lo recuerdo triste. Sobre todo cuando lo vi llegar por primera vez tanteando las paredes, con aquellos lentes que pensé que ocultaban entre ellos y el espacio de sus ojos el sitio al que van a morir las mariposas. Esa imagen me sigue penando en sueños.

Con el paso de tantos años, si soy sincero, he olvidado un poco su aroma, sus manías, sus silencios y sus palabras. Por eso en este libro quiero guardar lo poco que me queda de su nombre, para que no se lo lleve, igual como se lleva mi sonrisa, el futuro. Atrás está él. Está conmigo... juntos, los dos. Atrás, en el pasado, al fondo de mi memoria. Muy en el tiempo, sigue relumbrando su sonrisa y suenan sus canciones. Melvin está ahí, atrás, si me acerco a mirarlo, luego me estrello con los muros del presente.

Y lo peor es que no alcancé a contarle las historias que inventé para él. No le pude contar ninguna. Por eso hoy vengo hasta su animita para que ojalá, desde donde quiera que esté, pueda escucharme. Seré su cuentacuentos. Quiero olvidarme de la noche en que el alma se me fue detrás de su fantasma, mientras se iba diciéndome mentiras y mirándome como los enamorados de las películas miran a los ya no tan enamorados; con esa mirada que es un melodrama y que

sostiene en los espectadores la agonía. Uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos de tensión, antes de que caiga una lágrima y la audiencia suspire. Una sola, eso sí. Porque una lágrima es más triste que un millón.

Melvin cruzó la habitación en penumbras, mientras yo dormía, y debe haber dicho alguna de esas frases prefabricadas que le atribuía a sus personajes antes de que abandonaran al cariño, sin saber que alguna vez estas cobrarían sentido. Y al fondo debieron sonar violines intentando detenerlo. Pero de todos modos cruzó la habitación y pensó que el adiós era un retraso innecesario para cualquier despedida. Me miró durmiendo, retuvo la imagen de mi intimidad desnuda y se llevó nuestras fotos hacia el olvido.

Al amanecer, el dibujo de su cuerpo en las hendiduras del colchón parecía la silueta de un homicidio cruento. Y qué pena. Qué pena que dos escritores, como él y yo, no pudieran vivir una historia de amor que no tuviera un final trágico, como los de Televisa. ¿Qué le costaba decirme algo? Lo que fuera. «Me di cuenta de que ya no te quiero». «Me voy porque no sé lidiar con la fuerza que tiene mi sentimiento». O no sé. Lo que fuera. Así, a lo mejor, el querer habría soportado otras tres temporadas, si es que acaso alguna vez las razones de su abandono se torcían y lo traían de regreso.

Aunque, si lo pienso, muy a su modo, quizás me lo advirtió. Sí que lo hizo. Lo hizo. Lo hizo. Melvin me abrazó como jamás nadie me había abrazado ni me abrazará nunca, mientras su recuerdo exista. Estábamos en la cocina, lavando los trastes de la cena y a él se le cayó un plato que estalló contra el suelo. La vida se quebró en mil piezas de porcelana. Le dije que algo raro tenía el brillo de su mirada y él esquivó la mía, recogiendo los pedazos de vidrio. «No», dijo. «No me pasa nada. Pero tengo ganas de que me enseñes nuestras fotos. ¿Dónde tienes guardado el álbum ese que pintaste con flores?».

Estuvimos dos horas sentados en el sillón contemplando las imágenes de nuestra historia: él y yo sobre la cama, despeinados, mientras un viento salido de ninguna parte desordenaba mi cabello; él y yo cenando en aquel restaurante italiano que vendía los platos a precios inflados, y desde donde en más de una ocasión nos fuimos sin pagar, corriendo. Sí, él y yo, a orillas del mar, con un círculo perfecto de sol al fondo y sobre el horizonte, que dibujaba su silueta y la mía como si fuéramos un solo cuerpo con dos cabezas; él y yo, besándonos; él y yo, él con el torso desnudo y yo con su camisa desabotonada; él y yo sobre la alfombra.

Él y yo... Se lee como el título de una canción que nos narraba la pasión más fervorosa, frenética y excedida. O se leía, más bien. Se leía, porque Melvin y Tristán son pasado. Él y yo, ahora, en cambio, son solo pronombres.

Durante muchos meses, desde que quiso irse, le recé a Melvin Corazón para que sus ojos, como los de Fátima, me cuidaran desde la lejanía. Inútilmente, hoy lo sé, pensaba que si los convertía en un altar, cualquier día, de madrugada, noche o tarde, él volvería a ver como los ciegos de las teleseries y un deseo concedido por el firmamento le iluminaría el camino a mi vera. Se convirtió en mi Divino Niño, como el mártir de los narcos. Fue por meses mi santo hecho de conchitas, mi Cristo más herido y milagroso. Culpé a todo el mundo, menos a él, de mi infelicidad. Odié la primavera, las fechas rojas del calendario, San Valentín, el tránsito de las avenidas, la televisión, el cine, la radio y a quien fuera que pudiera con la cruz de su desprecio.

Iba roto por todas partes. Hasta que entendí que el único culpable era yo. Aquel día que caí en cuenta llovió y sufrí los desgarros de una serenata, sobre una micro, en pleno centro de Santiago. La lluvia no fue la culpable, claro. ¿Qué culpa va a tener una nube llorona? La culpa la tuvo la cancioncita esa que sonó en los auriculares y que me regresó al calor de sus brazos, donde no me alcanzaba nadie. Y aunque hoy lo digo como si todavía pudiera sentirlos, es mentira. «No me alcanzaba nadie», se oye bonita la frase, pero sigue siendo una mentira. Porque ya no puedo hacerlo, ni siquiera imaginarlo. Desde que me alcanzó con sus dedos la soledad, nunca más los sentí.

II. Culpable soy yo...

El apóstol Tomás fue el que dijo «ver para creer». Y aun así, viéndolo, no fui capaz de creer en nada. Me hirió el dolor de tantas formas, que por un momento entero de tristeza le rogué a quien quisiera oírme en el paraíso que, por piedad, por favor me dejara ciego. Son más felices los que no han visto la felicidad nunca.

Pero la verdad, desnuda, estaba ahí, delante mío. Melvin Corazón tenía un hoyo de bala en la frente. Parecía un herido de guerra, vencido por la crueldad del bando enemigo. Sobre el latón del frigorífico, su piel estaba azul y sus labios descascarados. Tenía los ojos abiertos, en demasía. Abiertos, como si miraran absortos una gran nube de algodón que lo maravillaba, lo petrificaba y lo mataba al mismo tiempo.

Apenas el médico le quitó la sábana plástica que lo cubría, en mi interior soplaron los vientos de una tormenta que me hizo llover lágrimas. Le besé con desesperación las manos, sus grandes manos muertas, las guardé entre las mías, las apreté con toda mi fuerza, pensando que con eso lograría detener su ascensión. Lo besé en la cara, en los ojos, en la nariz y en la boca. Enredé mis dedos en su cabello y cuando la quietud de su sueño me enterró los rehiletes ultimados de las despedidas, intenté desesperadamente revivirlo. «Despiértate, Melvin», le dije. «Despiértate, por favor», mientras ocultaba mi rostro en su pecho, intentando escuchar la música silenciada de sus latidos. «Despiértate, malparido», le supliqué. Y comencé a abofetearlo. «¡Despiértate, despiértate, despiértate!». Lo golpeé en el sitio del corazón y mis puños lo hicieron saltar en cámara lenta. «Despiértate, no me dejes solo».

«Está muerto», me detuvo el médico, colocándome una mano sobre el hombro, a modo de pésame. Y el silencio se instaló entre ambos. «Lo siento mucho por usted, Tristán... pero no se va a despertar», siguió diciéndome. «No se va a despertar». Entonces me voltee a mirarlo y le pedí que se callara. Él también me miró, miró luego a Melvin y volvió a mirarme por un segundo infinito en que se detuvo el ruedo de las horas.

«Despiértate, Melvin, despiértate».

El eco de mi súplica se perdió entre las grietas de las paredes.

Cuando Melvin despertó, aquel día que supo que iba a irse, la noche aún no había acabado. Estaba escribiendo una teleserie para no sé qué canal del cable y ocupó de excusa su inspiración para fugarse de la cama. Lo escuché encender la lámpara y hurgar entre los cajones, en busca de su diario. Después lo escuché caminar. Se oyó el sonido de la puerta, y sus pasos. Sonó el agua corriendo en las cañerías y en el estanque, haciendo un remolino. Sonó la silla que movió con cuidado para sentarse frente a la ventana a mirar el claroscuro de la ciudad a esas horas de la madrugada. Sonó el repique de su agenda y el tic de su lápiz. Enseguida, sonaron sus rayones. Adiviné su letra. Escribió la fecha, dentro de un corazón flechado.

Cuando salí de la habitación, Melvin Corazón cerró su agenda.

Esa amanecida, se gestaron en su cabeza las ideas del abandono. Le sonreí sin imaginarlo lejos, lo besé y le pregunté, sentado sobre sus piernas, cómo quería el café, sabiendo que era tibio, con leche deslactosada y gotitas de endulzante en vez de azúcar.

Recostados en el sofá, vimos esas películas del cine antiguo que a él tanto le gustaban. Melvin repetía los diálogos, cada vez que una frase desesperanzada le hería la faz de los sentimientos o le ocasionaba suspiros involuntarios. «No esperes al día en que pares de sufrir, porque cuando llegue sabrás que estás muerto», decía. Después, con una mala entonación de locutor radial, citaba el nombre de la cinta: *Un tranvía llamado deseo*. Y reía.

Con el paso de las semanas, cuando la enfermedad empezó a quitarle la funcionalidad de su mirada, Melvin no dejó de hacer humoradas, pero de igual forma, se fue despidiendo de ellas. No quiso volver a ver más películas y lanzó por el abismo del balcón sus colecciones. Incluso, aquellas que le costaron dos fortunas conseguir. A veces se amarraba una venda en los ojos y escuchaba las voces del televisor en la más fingida oscuridad. Pero en realidad no escuchaba lo que ahí pasaba. Era como si se hubiera quedado cautivo en otra dimensión, en un tiempo pausado de los años, donde la programación que él oía discrepaba con la que yo veía en la pantalla. Un día, por ejemplo, mientras en el noticiero central uno de los conductores exponía la cifra de homicidios ocurridos en Santiago de Chile a manos del narcotráfico en los últimos diez años, Melvin Corazón dibujaba en los telares de su cabeza otra escena, enteramente distinta. Lo supe, porque susurró: «Matad todos los arrendajos azules que queráis, si podéis darles, pero recordad que matar a un ruiseñor es pecado». El radioteatro de su existencia aún me sigue dando vueltas en la psiquis.

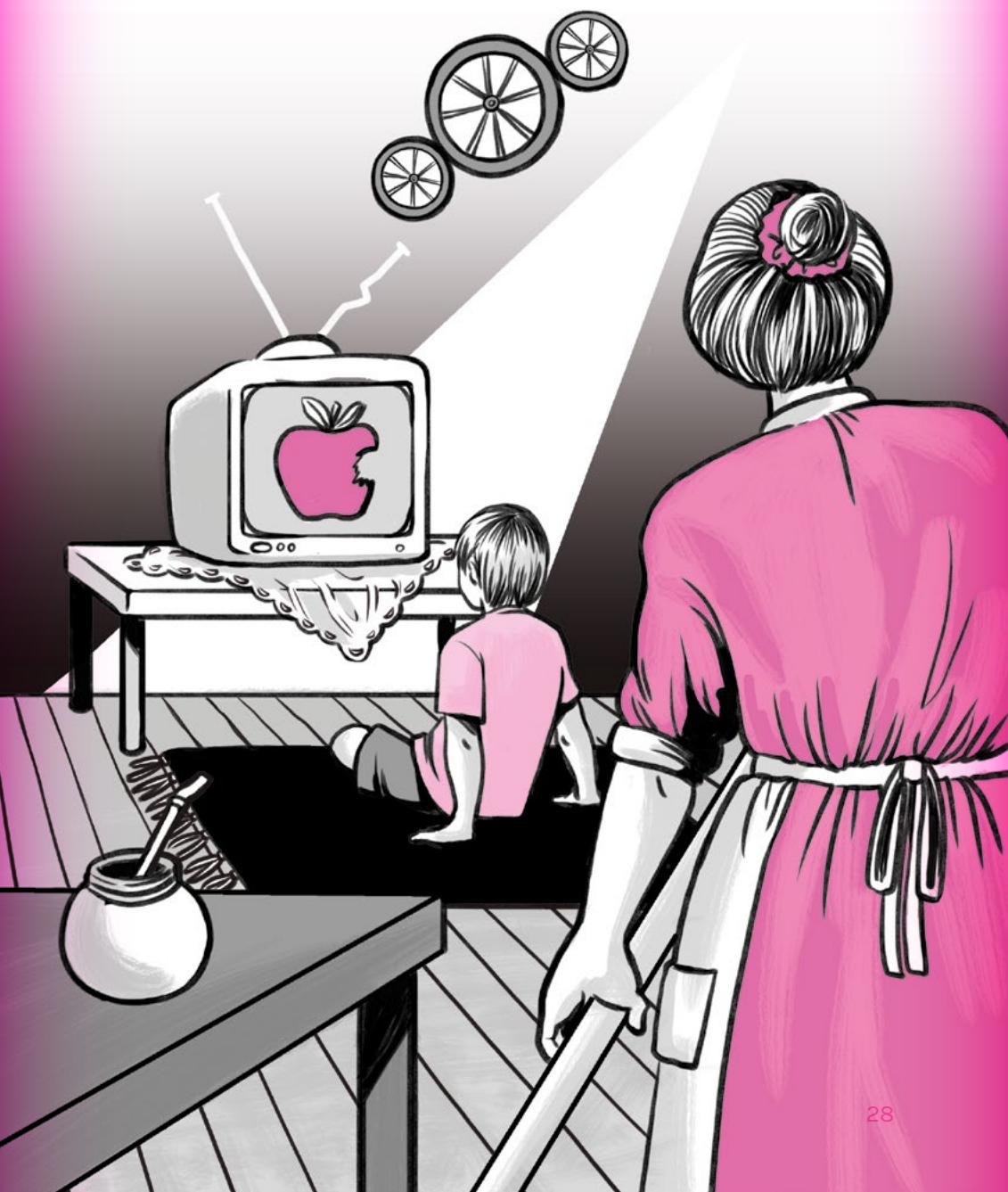
Por eso su muerte significó pesares.

Extracto del capítulo I, «El mundo sin tus ojos», de la novela *La santa de las teleseries*, de Tristán Madrid.

Tristán Madrid (Santiago, 1997)

Es profesor de Lengua y Literatura, licenciado en Educación (UCSH), técnico en administración de empresas, modelo, bailarín y actor. Su narrativa se centra en las problemáticas y consecuencias del narcotráfico en Chile y Latinoamérica, a través de recursos y técnicas escriturales rescatadas del melodrama contemporáneo: prestigio de la cursilería, musicalidad y tragedia.

Colima



Rueda

Quiero decir, está la idea fija
de hacer cierto el fin del pasado
si aparece la misma mujer llevando el mate
por nuestro pasillo, sacándole hebras
a rizos, a la cómoda de madera,
y algunos sin entrar todavía
donde haya cualquier cosa, la que sea
suspendida sobre la cabeza. Está bien,
como si la diabetes arreciara
cagado de la risa y dándole
la espalda a tu desorden,
una luz se activa con otra luz, y pinta esto
con puñados de arena
sobre papel de diario.

Es cíclico el optimismo, es tiempo
de ganar chocolate jugando a las argollas
según cierta ley en cierto lugar y en cierta fecha,
aunque no estés aquí para fiscalizar la historia
la huella de tus intenciones queda
como la forma de un mordisco
en la manzana. Hay música
en la mañana, y una avena que hice
olvidada en el mesón;
tal vez bajo el logo de una farmacia
el mediodía se alargue hasta la noche,
y en una botella de aceite las luces altas
de un auto desaten

el perraje de los padres
sobre las zonas especiales de loza sucia:
eras chico, pasabas demasiado tiempo
en el computador y es raro
realmente pensar
que estas dos ideas no estuvieran
erosionándose mutuamente.

Y es temprano, podríamos cocinar
en vez de seguir diagramando nuestra revista
más allá de las rutas del sol y de los años. Era
temprano, para que nos siguieran arrasando
solo por aguantar en el camino de la historia,
otros inventos no han sobrevivido
como nosotros, a las grandes ideas del sedentarismo
y siempre, cantas algo barriendo y
paras si tu papá cruza
por el pasillo. Medimos en puñados de sales
las noches que pasamos ahí: en puñados de flores,
de esencias
que superaran al esencialismo, efervesciendo. De
degeneración en degeneración y
sea como fuere, tus argumentos en contra
de un padrastro que existió poco tiempo
ahora caminan como elefantes
por la llanura de tus opiniones.
«Nada nuevo ocurre en la naturaleza»:
Te hiciste
retratar en esos muros, digamos
fue como ponerle ruedas a una rueda:
hacer de la repetición un paraíso.

Abril, marzo y mayo

Desde el suelo hacia el capó y desde el capó
hasta bambús húmedos y muy verdes,
algunas copas nos abombaron las murallas
con tomates enanos que se cuentan en puñadas—
y desde los bambús cruzados por tomate
un tiempo con olor a hojas
diseñado en una caja de galletas—
patios llenos de trastes y pilones y peceras turbias
y como si fuera otro cascajo en los encasillados de hierba,
una guagua sin ropa, mirándome jilotear
una flor de maíz con las tijeras escolares.

Me interesa viajar a Duao, como mi papá
dos veces a la semana,
quiero buscar una dirección que los proveedores
me hubieran dado mal, que me tuviera
caminando esa luz estrecha del otoño
abrigándome y desabrigándome
hasta que alguien
me responda las llamadas,
volver donde tuestan pan y muelen palta,
a decirle a cualquiera si este mes, abril
fue mejor que marzo, o si mayo será mejor.

Gracias a la tele con cable

Tenía más escopetas tu imaginación que la mía
gracias a la tele con cable, y rompiste más moras
con el coligüe, en tu huerto mental. Pero hablo de mí,
a mí nunca se me perdió la parka,
lo impida el rosario de canela que tú decías,
o sea el amplio bando de las tías que me aprueban.
También hubo poderes creados por imbéciles, que
hicieron de las fiestas, noches más golosas
para hombres que hablan de otros hombres con mujeres
recuerdo el pelo de oveja que quedaba en el alambre,
meciéndose, recuerdo consolarme en la ducha
y si lo recuerdo, lo recuerdo con la tele prendida.

Puedo prometerles muchas cosas sin reaccionar,
sé que llamamos la atención en el pediatra del jueves,
supo que nos habíamos peleado, y es
un misterio donde estaba nuestra mamá
porque salimos a comer con él
las cosas que tenía en la chacra. Solía inventar
monogramas para los animales que vi saltar
en Isla Conejo, desde el faro, gracias a la tele con cable:
eran las flores de cebollas que tenía para ti,
y la chaya que hago aparecer sobre los árboles.
Al tanto de algunos comportamientos,
miré los dedos de tus patas y canté mucho tiempo
las canciones, acostado con mi abuela:
sabíamos que la devoción pocas veces mana
desde alguna parte
aunque durmamos bien sobre la fuerza:

como milagro de gracia, al menos, no nos mostraba nada.

Es algo que he oído: descubriste una sensación
rozándote en cuclillas contra alguna baldosa,
todos vivieron averiguando habilidades
de alguna forma escritas en sus cuerpos desde antes.
En ese momento era así: dos escobas bajaban por el río
y los dos bolsos del hombre que cuida los baños,
tal vez necesitaba rozarme contra alguna baldosa,
pero me vi lavando un ovillo
en aguas de almendra, me vi lavando todo,
todos los días, ya imaginaba una mano
que nos condujera de regreso,
y sin embargo apareces
con más escopetas en tu imaginación que en la mía,
si el desierto no fuera tan estrecho,
cómo en él podría
encontrarme tantas veces contigo?

Extracto del conjunto de poemas *Colima* de Manuel Boher Varela

Manuel Boher Varela (Santiago, 1999)

Publicó *Publiguías* (Overol, 2021), texto con el que obtuvo el premio Roberto Bolaño en 2020.



© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Prohibida su venta y reproducción.

www.cultura.gob.cl

www.premiosliterarios.cultura.gob.cl

Ganadores y ganadoras

Categoría A

Cuento

Antonia Améstica Vassart

Don gato

Ganadora

Camilo Díaz Ibáñez

Reflexiones por una muerte apresurada

Mención honrosa

Benjamín Miranda Naranjo

Debajo de mi cama

Mención honrosa

Daniela Salazar Núñez

Mi amiga, la Celeste

Mención honrosa

Poesía

Benjamín Sanzana Puga

Trajectos

Ganador

Emilia Mateluna González

Hueso de la Mano Ave-Fantasma

Mención honrosa

Matías Zúñiga Cartagena

Periodo Claro

Mención honrosa

Catalina Lemus Ocayo

¿Quién era él?; Urbs alata: Autumnus; ¿Quién extravió los papeles?; Aeternitas

Mención honrosa

Categoría B

Cuento

Andrea Alcaíno Piña

Necesidad de la boca y la vejiga

Ganadora

Antonia Maluenda Philippi

Los perros

Mención honrosa

Pilar Asuero Salazar

Fermentación

Mención honrosa

Felipe Jara González

El mito del pelícano

Mención honrosa

Poesía

Manuel Boher Varela

Colima

Ganador

Premio Roberto Bolaño

Valentina Sarmiento Adasme

Psicopompo

Mención honrosa

Danilo Miranda Allende

La palabra emplazada en la bahía

Mención honrosa

Trinidad Díaz Troncoso

Cuerpos de agua

Mención honrosa

Novela

Tristán Madrid (Christian Muñoz Durán)

La santa de las teleseries

Ganador

Vera Zepeda Montenegro

Condominio Pinares

Mención honrosa

María José Cáceres Lauquén

La manera menos dolorosa que encontré

Mención honrosa

Tomás Sepúlveda Sánchez

El desborde inminente

Mención honrosa

Créditos

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria de las Culturas y las Artes
Noela Salas Sharim

Secretaria Ejecutiva del Consejo Nacional del Libro y la Lectura
Aracelly Rojas Vallet

Programa Premios Literarios Consejo Nacional del Libro y la Lectura
Carolina Munita Naím
Isabel Suárez Escobar

Dirección de Arte
Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Diseño y diagramación
Minigolf Deportivo
Francisca Osses Pizarro

Ilustración
Genesis Rosales · @geni.riot

Edición
Victoria Ramírez Mansilla

Corrección
Kati Lincopil Muñoz

ISBN: 978-956-352-445-1



© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Prohibida su venta y reproducción.

www.cultura.gob.cl

www.premiosliterarios.cultura.gob.cl

